

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que se distribuyen como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

Este número 31 es una antología de Eugenio Montejo, preparada por él mismo para esta colección.



N° 31

Los ausentes y otros poemas

[ANTOLOGÍA]



Eugenio Montejo

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2007

ISBN ???

© EUGENIO MONTEJO, 2007
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2007
Derechos exclusivos de publicación
y distribución de la obra
Calle 12 n° 1-17 este, Bogotá, Colombia
Fax 342 4948
www.uexternado.edu.co

Primera edición
septiembre de 2007

Ilustración de cubierta
Karol Guerrero

Diseño de carátula y diagramación
Claudia P. Bedoya
en Editorial El Malpensante

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Hernando Parra
Secretario General

Miguel Méndez Camacho
*Decano Facultad de
Comunicación Social-Periodismo*

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

LOS ÁRBOLES

Hablan poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.

Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlo.

TERREDAD

Estar aquí por años en la tierra,
con las nubes que lleguen, con los pájaros,
suspensos de horas frágiles.

A bordo, casi a la deriva,
más cerca de Saturno, más lejanos,
mientras el sol da vuelta y nos arrastra
y la sangre recorre su profundo universo
más sagrado que todos los astros.

Estar aquí en la tierra: no más lejos
que un árbol, no más inexplicables;
livianos en otoño, henchidos en verano,
con lo que somos o no somos, con la sombra,
la memoria, el deseo, hasta el fin
(si hay un fin) voz a voz,
casa por casa,
sea quien lleve la tierra, si la llevan,
o quien la espere, si la aguardan,
partiendo juntos cada vez el pan
en dos, en tres, en cuatro,
sin olvidar la parte de la hormiga
que siempre viaja de remotas estrellas
para estar a la hora en nuestra cena,
aunque las migas sean amargas.

LA MESA

¿Qué puede una mesa sola
contra la redondez de la tierra?
Ya tiene bastante con que nada se caiga
cuando las sillas entran en voz baja
y en su torno a la hora se congregan.

Si el tiempo amella los cuchillos,
lleva y trae comensales,
varía los temas, las palabras,
¿qué puede el dolor de su madera?

¿Qué puede contra el costo de las cosas,
contra el ateísmo de la cena,
de la Última Cena?

Si el vino se derrama, si el pan falta
y los hombres se tornan ausentes,
¿qué puede sino estar inmóvil, fija,
entre el hambre y las horas,
con qué va a intervenir aunque desee?

LA CASA

En la mujer, en lo profundo de su cuerpo
se construye la casa,
entre murmullos y silencios.

Hay que acarrear sombras de piedras,
leves andamios.
imitar a las aves.

Especialmente cuando duerme
y en el sueño sonrío
—nivelar hacia el fondo,
no despertarla;
seguir el declive de sus formas,
los movimientos de sus manos.

Sobre las dunas que cubren su sueño
en convulso paisaje,
hay que elevar altas paredes,
fundar contra la lluvia, contra el viento,
años y años.

Un ademán a veces fija un muro,
de algún susurro nace una ventana,
desmontamos errantes a la puerta
y atamos el caballo.

Al fondo de su cuerpo la casa nos espera
y la mesa servida con las palabras limpias
para vivir, tal vez para morir,
ya no sabemos,
porque al entrar nunca se sale.

AMANTES

Se amaban. No estaban solos en la tierra;
tenían la noche, sus vísperas azules,
sus celajes.

Vivían uno en el otro, se palpaban
como dos pétalos no abiertos en el fondo
de alguna flor del aire.

Se amaban. No estaban solos a la orilla
de su primera noche.
Y era la tierra la que se amaba en ellos,
el oro nocturno de sus vueltas,
la galaxia.

Ya no tendrían dos muertes. No iban a separarse.
Desnudos, asombrados, sus cuerpos se tendían
como hileras de luces en un largo aeropuerto
donde algo iba a llegar desde muy lejos,
no demasiado tarde.

ESCRITURA

Alguna vez escribiré con piedras,
midiendo cada una de mis frases
por su peso, volumen, movimiento.
Estoy cansado de palabras.

No más lápiz: andamios, teodolitos,
la desnudez solar del sentimiento
tatuando en lo profundo de las rocas
su música secreta.

Dibujaré con líneas de guijarros
mi nombre, la historia de mi casa
y la memoria de aquel río
que va pasando siempre y se demora
entre mis venas como sabio arquitecto.

Con piedra viva escribiré mi canto
en arcos, puentes, dólmenes, columnas,
frente a la soledad del horizonte,
como un mapa que se abra ante los ojos
de los viajeros que no regresan nunca.

TIEMPO TRANSFIGURADO

A António Ramos Rosa

La casa donde mi padre va a nacer
no está concluida,
le falta una pared que no han hecho mis manos.

Sus pasos, que ahora me buscan por la tierra,
vienen hacia esta calle.
No logro oírlos, todavía no me alcanzan.

Detrás de aquella puerta se oyen ecos
y voces que a leguas reconozco,
pero son dichas por los retratos.

El rostro que no se ve en ningún espejo
porque tarda en nacer o ya no existe,
puede ser de cualquiera de nosotros,
—a todos se parece.

En esa tumba no están mis huesos
sino los del bisnieto Zacarías,
que usaba bastón y seudónimo.
Mis restos ya se perdieron.

Este poema fue escrito en otro siglo,
por mí, por otro, no recuerdo,
alguna noche junto a un cabo de vela.
El tiempo dio cuenta de la llama
y entre mis manos quedó a oscuras
sin haberlo leído.
Cuando vuelva a alumbrar ya estaré ausente.

EN OTRO MERIDIANO

No alcanzo el tiempo de tu cuerpo,
nací lejos, en un país que es aire, nube, noche,
aunque me oigas tan cerca.

Nací a destiempo de tu risa, de tus ojos,
en otro meridiano.

Nos amamos de mar a mar,
de un astro a otro,
no importa que hoy me sientas a tu lado.

Aunque despiertes desnuda aquí conmigo,
tu tiempo va delante,
el tiempo de tus manos, de tu rostro;
estoy junto a tu sombra y no te alcanzo.

Las horas de tu amor me quedan lejos,
bajo una luz de nieve,
en alguna ciudad que desconozco.
Nuestras vidas se alcanzan, se confunden,
intercambian sollozos, besos, sueños,
pero andamos a leguas uno de otro,
tal vez en siglos diferentes,
en dos planetas errantes que se buscan
cansados de no verse.

MI AMOR

En otro cuerpo va mi amor por esta calle,
siento sus pasos debajo de la lluvia,
caminando, soñando, como en mí hace ya
tiempo...

Hay ecos de mi voz en sus susurros,
puedo reconocerlos.

Tiene ahora una edad que era la mía,
una lámpara que siempre se enciende al
encontrarnos.

Mi amor que se embellece con el mal de las
horas,

mi amor en la terraza de un Café
con un hibisco blanco entre las manos,
vestida a la usanza del nuevo milenio.

Mi amor que seguirá cuando me vaya,
con otra risa y otros ojos,
como una llama que dio un salto entre dos
velas

y se quedó alumbrando el azul de la tierra.

TAL VEZ

Tal vez sea todo culpa de la nieve
que prefiere otras tierras más polares,
lejos de estos trópicos.

Culpa de la nieve, de su falta,
—la falta que nos hace
cuando oculta sus copos y no cae,
cuando pospone, sin abrirlas, nuestras cartas.

Tal vez sea culpa de su olvido,
de nunca verla en estas calles
ni en los ojos, los gestos, las palabras.
Tantas cosas dependen noche y día
de su silencio táctil.

Nuestro viejo ateísmo caluroso
y su divagación impráctica
quizá provengan de su ausencia,
de que no caiga y sin embargo se acumule
en apiladas capas de vacío
hasta borrarlos de pronto los caminos.

Sí, tal vez la nieve,
tal vez la nieve al fin tenga la culpa...

Ella y los paisajes que no la han conocido,
ella y los abrigos que nunca descolgamos,
ella y los poemas que aguardan su página
blanca.

EL REZAGADO

Por esta calle ya pasó mi entierro
con sus patéticos discursos.
Liviano me llevaban
entre parientes desconocidos.

Una mujer al paso del cortejo
se detuvo a mirarlo
con insinuante azoramiento.
Supe después que era una sombra,
llevaba siglos bajo tierra.

Arriba, monologantes nubes,
acaso un lento avión en vuelo;
abajo toses, ademanes
y lugares comunes.

Iba dormido e indeciso
en el último viaje.
Era mi despedida de este mundo,
la primera vez que me moría.

Hacia el fin de milenio,
de pronto quedé fuera de grupo,
rezagado, contemplando los árboles.

El entierro, sin mí, prosiguió rumbo
por las penumbras suburbiales.
Lo voy siguiendo ahora desde lejos,
al paso de los años.

EN EL PARQUE

En el parque esta tarde, horas y horas,
Emilio en sus patines con los árboles,
con ellos de la mano —mi hijo alegre,
juntos se esquivan, corren, se acompañan,
mueven al paso ramas, piernas, sombras,
en este instante eterno de su risa
crece el ruido de ruedas en las piedras,
describen entre sí figuras, círculos,
verdes, veloces, con pájaros, con nidos,
el viento va tras ellos, van las hojas,
y a veces en rumor se oyen los cantos
de tantos pájaros que nacerán mañana.
Árboles que patinan, pero nunca patinan
y por eso con él van patinando...
El hijo que me esperaba aquí en la tierra,
antes de yo nacer, con estos árboles.
El hijo que atravesó la sangre de los míos,
veloz en su carrera hasta alcanzarme.
Allá viene, allá va, de un sitio a otro,
con sus verdes amigos de la mano,
juntos vuelven, se alejan, se aproximan,
hasta el último pliegue de la luz,
hasta que cae la noche y se dispersan
y el tiempo todo se nos vuelve espacio.

FINAL DE LLUVIA

Ya ennegrecen los árboles
sus ramas y sus flores
al fin del aguacero.

En la terraza del Café
una sombra amontona las sillas
donde rondan amores bisiestos.

Las últimas gotas en las hojas
lavan las plumas del tordo
que ya por hoy no quiere vuelo.

Pasan parejas con paraguas.
Pasan paraguas sin parejas.

LOS AUSENTES

Viajan conmigo mis amigos muertos.
Adonde llego, van por todas partes,
apresurados me siguen, me preceden,
gentiles, cómodos e incómodos,
en grupos, solos, conversando, paseando.
A mi paso se mezclan sus huidizos colores
hasta envolverme en un lento crepúsculo...
Tantos y tantos, cada cual en su estatua,
y en torno siempre las máscaras del sueño.
Y mi estatua también a su lado, flotando.
Muertos de nunca habernos muerto,
de estar en algún tiempo, en algún parque,
juntos y apartes, conformes, inconformes,
mudos, charlando, con voces, sin voces,
en verdad ya ni vivos ni muertos:
algo intermedio que tampoco es estatua,
aunque tengamos ya de piedra los ojos
y unos y otros nos sigamos, corteses,
 polémicos,
contentos de estar en la tierra y de no estar en
 ella,
en eternas tertulias donde, se hable o no se
 hable,
todo queda para después o para antes,

para cuando no sabíamos que después era
entonces
ni que nuestras sombras de pronto levitaban
visibles e invisibles en el aire.

* * *

Un instante de nuevo me reúno con ellos,
conversando otra vez esta tarde, tan tarde,
en un Café de ruidos urbanos, suburbanos...
Es decir, bebiendo sin beber, un poco
abstemios,
pues los muertos no beben, pero beben a veces,
juntos y alegres, aunque no tanto, sino alegres,
con un trago o ninguno, pero con un trago,
creyendo que el tiempo ya pasó y no ha pasado,
y por eso pasó sin pasar, es decir, nunca pasa.
Cada cual con un whisky sin hielo o con hielo,
más cálido que frío, sin instante un instante,
con el recuerdo que nada recuerda esta tarde
y por eso se acuerda ahora de todo...
Bebiendo con ellos que fuman y charlan,
que parten y vuelven, dialogan, discuten,
hablando por hablar y a veces por no hablar,

hasta decirnos qué de Picasso hay en la
ausencia,
cuánto cubismo en la manera de alejarnos,
el modo de mirarnos con ojos verticales
y saludarnos con la mano a la inversa,
la forma de beber un solo vaso roto
que ya no tiene vidrio ni licor ni volumen,
el modo de no beber creyendo que se bebe
y seguir todos juntos ahora que estoy solo.

EL NAUFRAGIO

El naufragio de un cuerpo en otro cuerpo
cuando en su noche, de pronto, se va a pique...
Las burbujas que suben desde el fondo
hasta el bordado pliegue de las sábanas.
Negros abrazos y gritos en la sombra
para morir uno en el otro,
hasta borrarse dentro de lo oscuro
sin que el rencor se adueñe de esta muerte.
Los enlazados cuerpos que zozobran
bajo una misma tormenta solitaria,
la lucha contra el tiempo ya sin tiempo,
palpando lo infinito aquí tan cerca,
el deseo que devora con sus fauces,
la luna que consuela y ya no basta.
El naufragio final contra la noche,
sin más allá del agua, sino el agua,
sin otro paraíso ni otro infierno
que el fugaz epitafio de la espuma
y la carne que muere en otra carne.

PAPIRO PRONOMINAL

Se tendieron desnudos, semiabsortos,
en un hotel de los suburbios.
Verde era el arco de la luz que el día
iba filtrando en la ventana. Y verde el viento
con filo de cuchillo sobre las leves sábanas.
Ese jadeo ajeno ante lo íngrimo
de no saber por qué se nace
ni por qué se desea,
brotaba allí de un fuelle unánime
entre ambos cuerpos... Ella era joven
más que su tenue sombra.
Y yo a su lado, atónito,
en el tiempo sin tiempo de mi carne,
mucho más amoroso que la lumbre
de este incierto recuerdo.
Éramos jóvenes
como cuando uno mismo no lo sabe.
De allí y de todo ambos partimos,
partimos y partieron,
ellos, nosotros, cerca, es decir, lejos...
¿Cuál era la canción de moda entonces?
Ya no sé si la oímos, si la oyeron.
El tiempo va añadiendo tanto olvido
que deja en anacrónico tumulto

el mismo fuelle con ansia y menos cuerpo,
el mismo cuerpo con noche y menos sangre,
la misma sangre dando vueltas a la tierra
y estos pobres pronombres que se alternan
entre restos de voces no apagadas
y hasta un golpe de mar donde no hay agua.

OTRA AMAPOLA

Dentro de tu cuerpo, debajo de sus pétalos,
huidizo, esquivo hasta en la sombra,
hay otro cuerpo que amo.

Otra amapola que abre su perfume
en la red de tus venas, con tus voces
y las palabras de más aire.

Otro cuerpo que ocultas en tu noche
con su luna sonámbula
de senos crecientes y menguantes.
Sólo yo sé escucharlo en sus susurros,
al fondo de su ávida corola.
Sólo yo puedo seguirlo entre sus pasos,
palpando a ciegas el tacto de su eclipse
cuando duerme detrás de tus pestañas.

Es tuyo y mío y de la niebla
que lo lleva y lo trae de un tiempo a otro,
la amarga niebla que a veces me lo entrega
o lo esconde en tu carne.

DOS CUERPOS

Cuántas veces, a tientas, en la noche,
sueñan dos cuerpos fundirse en uno solo
sin saber que al final son tres o cuatro.
Ocurre siempre ante el desnudo de la carne
y su ávido misterio:
de pronto un ojo extraño se abre en las
almohadas,
cruzan labios volando por la niebla,
surgen intempestivas voces
de olvidados amantes.
Los espejos protegen a esos duendes
interpuestos en los jadeos
y los susurros.
Nada delata en las alcobas
sus crueles usurpaciones sentimentales.
Solamente la luna
sabe qué manos verdaderas se acarician,
qué rostros ríen detrás de las máscaras
y quiénes envueltos en la sombra
con pasos furtivos se reencuentran.
Solamente la luna que es redonda,
lenitiva y amarga.

LO NUESTRO

Tuyo es el tiempo cuando tu cuerpo pasa
con el temblor del mundo,
el tiempo, no tu cuerpo.

Tu cuerpo estaba aquí, tendido al sol, soñando,
se despertó contigo una mañana
cuando quiso la tierra.

Tuyo es el tacto de las manos, no las manos;
la luz llenándote los ojos, no los ojos;
acaso un árbol, un pájaro que mires,
lo demás es ajeno.

Cuanto la tierra presta aquí se queda,
es de la tierra.

Sólo trajimos el tiempo de estar vivos
entre el relámpago y el viento;
el tiempo en que tu cuerpo gira con el mundo,
el hoy, el grito delante del milagro;
la llama que arde con la vela, no la vela,
la nada de donde todo se suspende,
—eso es lo nuestro.

EL SOL EN TODO

El trópico y sus horas de calor,
el sol sobre las cosas día tras día,
y el rencor de los malos matrimonios...
Se oye un sapo a la sombra en todo esto
que no se ve porque no hay sombra,
sino luz recta y piedras refractarias.
El calor de las horas emerge con su lava
de pantanos volcánicos.
Hay silbatos de barcos en el polvo sin puerto,
un salobre espejismo sin espumas,
el acre aroma de frutas descompuestas
y el color sin color de la miseria.

—¿Qué más, qué menos, cuál sopor no dicho,
cuál nieve inalcanzable en densos copos
cayendo siempre como blancos sapos,
en las noches más tórridas y amargas?
... Y cuanto no se tuvo ni ha de tenerse nunca,
lo que perdimos antes de este mundo,
el calor con su tedio y su postedio
y la tierra que gira para otros
y tanto sol en todo, hasta de noche,
y el rencor de los malos matrimonios.

LOS MIRLOS DE BERLÍN

A Armando Romero

Todos los mirlos de Berlín al alba
con el verano dentro de sus cantos.
Al salir ya tan tarde del bar griego,
sus nuevos coros, celebrando el día,
nos escoltaban de una acera a otra,
entre muros y ramas.

Todos los mirlos de Berlín cantando
para nosotros con gorjeos helenos,
traducidos de Heráclito.

El mar de Grecia volcaba sus espumas
en las gargantas de los mirlos.
Y Afrodita despacio iba siguiéndonos,
más verde que su sombra, árbol tras árbol,
como si el sol saliese de ella misma,
dorando más y más las hojas
en el denso follaje.

Después, en el hotel, ya el alba abierta,
un mirlo en gloria de sí mismo, arrebatado,
silbaba el tono egipcio del desierto,
en un delirio extraño. Un mirlo amigo

de los ibis del Nilo en Alemania...
Y yo vi a Nefertiti en ese instante,
ella y su risa matinal en una calle,
ella y su tiara entre los trinos de aquel pájaro.

EL DUENDE

A Chari y Francisco José Cruz

En esta misma calle, pero antes,
a bordo de mis veinte,
de noche en noche, con tabaco y lámpara,
escribía poemas.

Alrededor la multitud dormida
soñaba con dinero
y alguna que otra estatua recosía
el azul de su sombra.

Nunca supe qué duende a mis espaldas
—volátil e insistente—,
fijos los ojos me seguía
frase por frase y letra a letra.

No, no era aquel azul casi corpóreo
arrancado del mármol,
ni mi ángel de la guarda anochecido
y en ardua vela,

ni tampoco un espectro hamletiano,
veraz hasta el misterio,

ni ninguna presencia subitánea
de aquella época.

Nada de nada ni de nadie,
sino yo mismo, yo mismísimo.
Pero no aquél de entonces: —éste
que cifra ya sesenta,
—éste era el duende...
El que aquí vuelve buscándome de joven,
en esta misma calle, a medianoche,
y me llama
y no es sueño.

AUTORRETRATO DORMIDO

A Elkin Restrepo

En sus poemas nunca falta un gallo,
cuyos gritos oscuros, casi ausentes,
resuenan en el fondo de alguna madrugada.
Duerme dormido allí en el pozo de sí mismo
donde entreteje sus imágenes.

Y sueña con mujeres, sus cuerpos y sus
 pétalos,
y con el tiempo avaro que ajaba sus corolas
al alcanzarlas... Bellas mujeres
que amó y nunca lo amaron.

Yo velo aquí a su lado sin ser dos ni ser uno,
sin ser él mismo ni otro diferente,
sino la media sombra de su sueño
entre pasos sonámbulos... Y quizás a esta hora
ni la luna comprenda de qué hablo.

Duerme con la ventana abierta
que da al mar incansable y a la noche.
Hay un cercano espejo donde se ven las alas
de pájaros que pasan. Y el horizonte inmenso
que parte el mundo con un cuchillo largo.

Yo velo aún, aunque he de irme con los pájaros,
y él queda aquí durmiéndose dormido,
o está lejos tal vez y vuelve luego
de no se sabe dónde, en algún barco...

MARE NOSTRUM

El horizonte es intuitivo
pero las palmas a la orilla del mar
se sirven té y hablan de los clásicos.

El horizonte es intuitivo y la noche y los barcos
que a esta hora retornan a puerto
por los confines del Atlántico.

Hay un bar de roída madera
donde el agua se rompe en marejada.
Hay una casa miserable
con el grito de un niño en las paredes,
un grito azul, de náufrago.

La luna ronda blanca e intuitiva
pero las palmas conservan sus gafas.
Abstraídas prosiguen sus charlas
ante el mar, ante el salobre té del mar,
sorbo tras sorbo y hablan de los clásicos.

SONIDO OSCURO

*Toquemos para Dios
este arrebatado velocísimo.*

Gonzalo Rojas

Cuerpo es el tuyo cuando al sol se mueve
y ojos los míos cuando te contemplo.
Tierra la esfera que nos va llevando
por el azul intacto de sus vueltas...
Luna esta lumbre que entra en nuestra alcoba,
sombras las nuestras que con ella se aman
en el lecho, ante el mar y su deseo.
Palabras los silencios que decimos
para que gire en calma la galaxia.
Milagro es éste que hallo en ti palpable,
tus senos y tus labios y tu noche;
milagro es estar vivo uno con otro
mientras nos cerca este arenal de estrellas.
Amor tu idioma, tu sonido oscuro,
la voz que por tu boca habla la tierra.
Amor la sangre joven de tus venas,
la armoniosa corola hecha de música
y tu rosa que tiembla con el mundo.

VISIONES I

El grito de su cuerpo en el espejo,
de pie en el alba, tatuado sobre el día,
la sorprendió desnuda.
Ya era mujer (o casi).
Ardía su luz palpable.
La tocaba: eran pétalos.
Miró en sus senos dos anillados bultos
de serpiente dormida.
No quiso despertarla.
La única flor que hablaba
en la azogada niebla del reflejo
susurraba unos versos isabelinos.
El paraíso era verdad (o casi).
Atónita miraba su cuerpo ya hecho un barco
que, mar adentro, llamándola, partía.

JARDÍN INTACTO

Allí magnolias, tulipanes, sombras
de pétalos palpables. Aquí los senos,
el ombligo, la voz, el áureo pubis,
tu risa y las adelfas, brazos, lotos,
nenúfares en torno de tu cuello
y la noche zumbando en los pistilos...

Astros que queman en tu piel, gardenias,
tactos de orquídeas, suave olor, jadeos,
ceguedad de ese Dios que se derrama
en cada efímera corola. Y las espinas
de tanto en tanto. Pero también lirios,
y dalias otra vez, todo en tu carne.

Jardín intacto, puro y hasta pútrido,
como tal vez ocurra en ese instante
cuando fermenta el tiempo en el espanto
y acelera la flor hasta ser mustia.
Jardín con el ayer, el hoy, el nunca
y el hambre ciega de un veloz deseo,
llenándote los ojos en un éxtasis
que jamás se ha saciado.

AL AIRE NÁHUALT

(Al margen de un florilegio precolombino)

Con efímeras flores habla la tierra,
con corolas, con pétalos
llenos de aromas,
de polen y deseos.

Con flores habla en voz baja, en susurros,
al oído del viento,
al oído de aquél que se detenga.

Con efímeras flores, no con piedras,
que acalla el trueno por tartamudas,
ni con nieve.

Mientras dura el invierno medita;
reposa en su silencio
bajo los árboles desnudos;
apaga la voz y se duerme.

A la hora de hablarnos florece;
sus elogios del mundo con flores los dice,
con ávidos pétalos que tiemblan
tatuados de misterio.

Con flores inventa su lírico milagro
la tierra,

la maravillosa tierra.
No con guijarros de carne seca y áfona,
ni con la amarga prosa de la hierba
que nace para el buey,
el lerdo buey de las malas novelas.

La tierra conoce por maga, por redonda,
el misterio veloz
de las palabras verdaderas.
Al rumor de las hojas discurre,
ondula en las espigas,
con las luces del mar siempre va y vuelve.
Sólo de flor en flor se habla a sí misma;
sólo con pétalos escribe
y no se miente.

Lo que nos queda en la palabra, cuando queda;
lo que venimos a decir, si lo decimos,
si nos alcanza el sueño,
tiene el temblor de una corola
ante el abismo,
la invicta luz que se coagula al florecer
fuera del tiempo.

Por redonda, por vieja, por maga,
sabe la tierra
que cuanto no se encarne en flor —en poesía,
siempre termina en hojarasca
a la merced del viento.

Aunque la página sea verde, feraz,
interminable,
como la amarga prosa de la hierba
que sólo crece para el buey
y le engorda su tedio.

ADIÓS AL SIGLO XX

A Álvaro Mutis

Cruzo la calle Marx, la calle Freud;
ando por una orilla de este siglo,
despacio, insomne, caviloso,
espía ad honorem de algún reino gótico,
recogiendo vocales caídas, pequeños guijarros
tatuados de rumor infinito.

La línea de Mondrian frente a mis ojos
va cortando la noche en sombras rectas
ahora que ya no cabe más soledad
en las paredes de vidrio.

Cruzo la calle Mao, la calle Stalin;
miro el instante donde muere un milenio
y otro despunta su terrestre dominio.

Mi siglo vertical y lleno de teorías...

Mi siglo con sus guerras, sus posguerras
y su tambor de Hitler allá lejos,
entre sangre y abismo.

Prosigo entre las piedras de los viejos suburbios
por un trago, por un poco de jazz,
contemplando los dioses que duermen disueltos
en el serrín de los bares,
mientras descifro sus nombres al paso
y sigo mi camino.

DIBUJO ERÓTICO DEL PERRO

El perro ya está unido con su sombra;
quedó atado a otro mundo al fin del gozo,
frente a la oscuridad de su deseo.

Ahora tiene dos fauces y ocho patas;
es sólo un bulto de animal informe
con algo de grifo o de quimera.

A un tiempo ahora es macho y hembra,
a un tiempo mira a diestra y a siniestra,
hecho un nudo bifronte que prolonga
su muerte en otra vida,
su vida en otra muerte.

Jadea, da vueltas, ladrando por dos bocas;
en vano se trata de zafar pero no puede;
hay otros huesos al fondo de su cuerpo,
hay otra sangre que corre por sus venas;
está hundido en el pozo de sí mismo,
transfigurado, octópodo, carnívoro,
cubierto por el limo de la especie.

CANCIÓN OÍDA A MEDIANOCHE

Canción que cae, no sé de dónde, a medianoche
con un oscuro lamento de mujer
que me recorre en largo grito de abandono.
Desde un balcón arriba, entre las sombras,
junto al susurro de los helechos,
me llega ahora la queja solitaria
de quien ha amado hasta el fin de toda
ausencia.

En la ventana van cayendo los sollozos
como altos copos que cubren los cristales
hasta envolverme entre las nieblas de sus ecos.
Siento su canto casi táctil
petrificarse alrededor de mi silencio
y me parece haber oído en otro mundo
la lenta voz de esa mujer desconocida,
la misma soledad de su deseo
que entre mi sangre de pronto se despierta.
Pero no sé qué rostro tiene, en dónde canta,
ni si es su amor o el mío lo que oigo en ella,
sólo tengo esa voz, ese llanto infinito
que cae a oscuras y se pierde en el viento.

LA ESTATUA DE PESSOA

A Rafael Cadenas

La estatua de Pessoa nos pesa mucho,
hay que llevarla despacio.

Descansemos un poco aquí a la vuelta
mientras vienen más gentes en ayuda.
Tenemos tiempo de tomar un trago.

Son tantas sombras en un mismo cuerpo
y debemos subirlas a la cumbre del Chiado.
A cada paso se intercambian idiomas,
anteojos, sombreros, soledades.

Démosle vino ahora. Pessoa siempre bebía
en estos bares de borrosos espejos
que el Tajo cruza en un tranvía sonámbulo.
¿Por qué no va a beber su estatua?

Con todo el siglo dentro de sus huesos
vueltos ya piedras llenas de saudades,
casi nos dobla los hombros
bajo el silencio de su risa pagana.

No hay que apurarse. Llegaremos.
Lo que más cuesta no es la altura de su cuerpo
ni el largo abrigo que lo envuelve,
sino las horas del misterio
que se repliegan pétreas en el mármol.
Cuanto a diario soñó por estas calles
y desoñó y volvió a soñar y desoñar;
el tiempo refractado en voces y antivoices
y los horóscopos oscuros
que lo han cubierto como una gruesa pátina.
Alzar sólo su cuerpo sería fácil.
Aunque se embriague no pesa más que un
pájaro.

EL BUEY

El buey que lleva mis huesos por el mundo,
el que arrastra mi sombra,
uncido a las estrellas, a yugos siderales,
va arando el tiempo, no la tierra,
por eso es sabio, profundo, demorado,
al tardo paso de las nubes.

Es mi buey, mi maestro cuadrúpedo,
por quien he conocido en la quietud
el habla porosa de las piedras
y cierta obediencia práctica a las cosas,
casi taoísta.

Es mi buey, la parte móvil de mi estatua,
lento de sol a sol sobre las horas;
el que ara el tiempo, no los campos,
el que graba con surcos en mi rostro
las semanas, los meses y los años.

EL CANTO DEL GALLO

A Adriano González León

El canto está fuera del gallo;
está cayendo gota a gota entre su cuerpo,
ahora que duerme en el árbol.
Bajo la noche cae, no cesa de caer
desde la sombra entre sus venas y sus alas.
El canto está llenando, incontenible,
al gallo como un cántaro;
llena sus plumas, su cresta, sus espuelas,
hasta que lo desborda y suena inmenso el grito
que a lo largo del mundo sin tregua se derrama.
Después el aleteo retorna a su reposo
y el silencio se vuelve compacto.
El canto de nuevo queda fuera
esparcido a la sombra del aire.
Dentro del gallo sólo hay vísceras y sueño
y una gota que cae en la noche profunda,
silenciosamente, al tictac de los astros.

PRÁCTICA DEL MUNDO

Escribe claro, Dios no tiene anteojos.
No traduzcas tu música profunda
a números y claves,
las palabras nacen por el tacto.
El mar que ves corre delante de sus olas,
¿para qué has de alcanzarlo?
Escúchalo en el coro de las palmas.
Lo que es visible en la flor, en la mujer,
reposa en lo invisible,
lo que gira en los astros quiere detenerse.
Prefiere tu silencio y déjate rodar,
la teoría de la piedra es la más práctica.
Relata el sueño de tu vida
con las lentas vocales de las nubes
que van y vienen dibujando el mundo
sin añadir ni una línea más de sombra
a su misterio natural.

NINGÚN AMOR CABE
EN UN CUERPO SOLAMENTE

Ningún amor cabe en un cuerpo solamente,
aunque abarquen sus venas el tamaño del
 mundo;
siempre un deseo se queda fuera,
otro solloza pero falta.

Lo sabe el mar en su lamento solitario
y la tierra que busca los restos de su estatua;
no basta un solo cuerpo para albergar sus
 noches,
quedan estrellas fuera de la sangre.

Ningún amor cabe en un cuerpo solamente,
aunque el alma se aparte y ceda espacio
y el tiempo nos entregue la hora que retiene.
Dos manos no nos bastan para alcanzar la
 sombra;
dos ojos ven apenas pocas nubes
pero no saben dónde van, de dónde vienen,
qué país musical las une y las dispersa.
Ningún amor, ni el más huidizo, el más fugaz,
nace en un cuerpo que está solo;
ninguno cabe en el tamaño de su muerte.

SETIEMBRE

Mira a setiembre: nada se ha perdido
con fiarnos de las hojas.

La juventud vino y se fue, los árboles no se
movieron.

El hermano al morir te quemó en llanto
pero el sol continúa.

La casa fue derrumbada, no su recuerdo.

Mira a setiembre con su pala al hombro
cómo arrastra hojas secas.

La vida vale más que la vida, sólo eso cuenta.
Nadie nos preguntó para nacer,
¿qué sabían nuestros padres? Los suyos, ¿qué
supieron?

Ningún dolor les ahorró sombra y sin embargo
se mezclaron al tiempo terrestre.

Los árboles saben menos que nosotros
y aún no se vuelven.

La tierra va más sola ahora sin dioses
pero nunca blasfema.

Mira a setiembre cómo te abre el bosque
y sobrepasa tu deseo.

Abre tus manos, llénalas con estas lentas hojas,
no dejes que una sola se te pierda.

PUEBLO EN EL POLVO

Estas calles oblicuas dan al polvo,
estas casas sin nadie se disuelven
en áspera intemperie
y piedras de sombra.

La luz derrumba las paredes
con bultos de esfuminos blancos.
Flotan remotos ecos
de veladas y restos de charlas.

Todas las puertas tienen ojos
y pestañas de adormideras.
Se repliegan al tacto
bajo el estruendo de los techos.

Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia.
Juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.

NOCHE EN LA NOCHE

Noche en la noche. Me alumbra ya a deshora
el nihilismo de esta lámpara.

Rompe allá fuera el hosco mar de Patanemo
en densos choques de solitaria espuma.

Mis amigos salieron por un instante al pueblo
pero ya es tarde y no regresan.

Ángel quedó a traer más whisky,
Carlos fue por cigarros, fósforos, vituallas,
y Teófilo a buscar pan y periódicos.

Yo me quedé con el carbón del fuego
y el nihilismo de esta lámpara.

Las barcazas atadas en el muelle
entrechocan sus sombras en el agua.

Ya va durando décadas la noche
y mis amigos tardan demasiado...

No hay quien me diga ahora dónde se hallan,
sólo se oye un fragor de mar y viento.

Iban por un instante y no aparecen,
nadie sabe por qué tardan y tardan.

SÍLABAS PARA UN ADIÓS

¿Qué murmuran al paso de mi sombra
tus áridas estatuas?

¿Qué les importa adónde me dirijo,
qué prisa tengo,
por qué se me hizo tarde?

¿Cuál de ellas sabe lo que me diste, ciudad
vieja,
en cada piedra día tras día?

Hoy palpo el aire, buscando algunas sílabas
para este lento adiós.

Soy el que levitaba a la deriva,
dejándome llevar por los colores
de tu secreta música.

Ya nunca dormiré a tu lado, ciudad vieja,
no volveré a contarte mis sueños en el alba.
El oro errante de la tarde en tus colinas
va a faltarme.

Frente a la niebla de tus muelles,
el barco amargo que no sé dónde me lleva
ya leva el ancla.

Cuando me borre detrás del horizonte,
recuérdame,
y enmudece el rencor de tus estatuas.

VISIONES II

Miró a lo lejos, pastando en la luz verde,
la mitad de un caballo. Sonaba el tiempo
entre la espesa ondulación de las gavillas,
sonaba la lluvia en la ventana...

Sólo medio caballo para tanto horizonte
y lo demás dormido, bajo tierra.

También en él una mitad andaba lejos,
en otro planeta remoto.
En su vaso quedaba medio whisky
para sorber despacio.

Tenía razón la vida de pasar como quiso,
llevándose las horas izquierdas del reloj,
tenía razón de insistir por el resto.
La mitad de un caballo esperaba allá lejos,
pero bastaba para llegar a cualquier parte.

CUERPO LLENO DE BARCOS

Cuerpo lleno de barcos,
ojos llamándonos al mar, senos, velámenes,
brazos en nuestros brazos, tumultuosos oleajes...

Noches de lámpara oscilante
con estrellas en la cubierta
y pájaros que pasan.
El temor al olvido que se amontona
detrás de tus pestañas,
el temor al arribo en el próximo puerto
que puede separarnos.

Cuerpo lleno de barcos que se alejan
no sabemos adónde.
El temor al silencio que viene de las islas
y al desamparo de los horizontes
cuando ya no hay adiós sino naufragio.

EL TIEMPO AHORA

A Américo Ferrari

El tiempo no me habla de la muerte,
en esa ciudad ya no vivimos.

Y no es que me olvide de morir cada instante
junto a las hojas, los árboles, el viento.

—Muero lo que puedo, pero no me adelanto.

En esta primavera mis cartas tienen otras letras.
Ya no soy joven. Voy despacio.
He aprendido mucho del gorrión
que en la mañana me despierta.

El tiempo arrastra al sol tras la colina
y se lleva mis días uno tras otro,
pero no hablamos de la muerte.

Vagamos lejos con las horas que pasan,
contemplando las nubes al fin de los caminos,
las piedras en la lluvia, los sonidos silvestres,
como dos lentos ríos uno al lado del otro,
casi siempre en silencio.

UN RAYO

La vejez de la carne es la peor máscara
que los dioses nos tejen.

Con invisible estambre y rueca fría,
con su nocturna aguja irrefutable,
sin percatarnos, casi de puntillas,
voz y cuerpo nos cambian.

Sólo al azar de algún milagro —si lo otorgan—
puede que alguna vez, fuera del tiempo,
en la región donde la rosa es más efímera,
un joven cuerpo de mujer se tienda
y nos abrace,
como abraza el amor,
mucho más hondo que la muerte...
Entonces, tras la máscara,
nuestra marchita carne se reaviva
y vuelve un rayo a iluminarnos
que dura apenas lo que dura un rayo.

NANA PARA EMILIO

Duerme, hijo mío, que la tierra está sola
y se fueron volando los astros.
Ya el sol guardó su última vela,
se durmieron las llamas;
se durmieron las horas del reloj, no hay tiempo,
no está despierto nadie.
Los hombres dejaron sus cuerpos y partieron;
desde esta calle no se ven,
ya van muy adelante.
El gallo que oyes cantar está muy lejos,
el sueño es su único plumaje.
Duerme, hijo mío, en mi carne, en mis ojos,
como dormiste antes que yo naciera,
como dormimos durante tanto tiempo
dentro de nuestros padres.
Mañana vuelve el día
junto a las voces que nos borró la ausencia
y saldrán del espejo rostros, casas, colinas,
y el humo tan humano del café
que viene a despertarnos con hondas vaharadas
—aquí o en otra parte.

PÁJAROS SIN PÁJAROS

No, por supuesto, pájaros novicios
de canto incierto, desigual o falso.

—Otros sonidos y otras alas.

Hablo de todo Schubert entre vuelos errantes,
del raptó oído en un gorjeo
que suba a más
octava por octava.

Hablo de pájaros sin yo, sin ningún pico,
celestes y sin patas,
pájaros que sean tan sólo música
en el ascenso más alto de los aires.

No, por supuesto, pájaros tenores,
gordos, falsarios, de pesadas plumas,
sino flechas que se desprendan de alguna
partitura

y al cielo suban, o más allá, sin pausa,
arrebatando el corazón de quien escuche
y agradecido calle...

—Deben creerme. Hablo de sonos puros,
de pájaros sin pájaros.

EN EL PARAÍSO

Cuando fui serpiente,
cuando era liviano mi verde veneno,
a hurtadillas, reptando, llegué al paraíso.
Y al macho empujé hacia la hembra,
hasta unir sus cuerpos, sus nombres, sus noches
en un solo bulto de música táctil.

Con lumbre irisada del viejo deseo
luz de pavos reales
fui atando en silencio sus cuerpos,
piernas en las piernas, labios en los labios,
brazos en los brazos...
Y yo su serpiente, su nudo, su abismo,
entre hierbas suaves y paradisiales.

Tendidos, sedientos, un cuerpo en el otro
y ambos enlazados,
sin sentir en torno mi sombra huidiza,
mi veneno bífido que los envolvía y los extasiaba,
mezclando su sangre, sus bocas, sus vidas
en un solo cielo de noche en la tierra,
con estos anillos que me dio Saturno
los enamoraba y los envolvía en la maravilla
de tanto milagro.

ERÓTICA ANTIGUA

Repaso un álbum de eróticas imágenes
que datan del tiempo en que mis ojos
se hallaban a leguas de este mundo,
quizá donde se ocultan hoy aquellos cuerpos.
Miro en sus poses los íngrimos desnudos,
muslos y senos voluptuosos,
carnes con el sol dentro, goces, risas,
luna tras la colina de una espalda...
Paso las páginas buscando en cada gesto
la lumbre de un deseo que ya es ceniza.
Están dormidas, rígidas, las horas,
y entre las mariposas bisabuelas
arden las llamas de una ausencia amarilla
que me quema las manos.
En un instante más allá del tiempo
siento que yo también estoy con ellas,
que un sueño al fin confusamente nos reúne.
Puedo palpar sus cuerpos bajo el aire
que llega ahora de otro siglo,
beso los labios y las risas, las sonrisas,
estamos juntos aunque estén ausentes,
sé que se mueven al oír la música,
la magia de estas notas que se elevan
hasta que el álbum cerrado las acalle.

EUGENIO MONTEJO

Nació en Caracas en 1938. Ha sido director literario de Monte Ávila Editores, representante de esta misma editorial en Buenos Aires, a fines de los años setenta, y consejero cultural de Venezuela en Portugal. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Élegos* (1967), *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1976), *Terredad* (1978) *Trópico absoluto* (1982), *Alfabeto del mundo* (1986), *Adiós al siglo XX* (1997), *Partitura de la cigarra* (1999), *Papiros amorosos* (2002) y *Fábula del escriba* (2006). Es autor de dos colecciones de ensayos: *La ventana oblicua* (1974) y *El taller blanco* (1983), así como de varios libros de escritura heteronímica o, como él prefiere llamarla, escritura oblicua, entre los que figuran *El cuaderno de Blas Coll* (1981), *Guitarra del horizonte* por Sergio Sandoval (1992), *El hacha de seda* por Tomás Linden (1996), *Chamarío* por Eduardo Polo (para niños, 2003) y *La caza del relámpago* por Lino Cervantes. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura de su país en 1998 y el Premio Internacional Octavio Paz en 2004. En el veredicto de este último premio el jurado apuntó: “En estos tiempos cuando todo conspira para aumentar la desarmonía del mundo, el poeta nos recuerda que hay que volver a los dioses profundo, y que la música de ser es disonante, pero la vida continúa”.

CONTENIDO

- Terredad [8], La mesa [9], La casa [10],
Amantes [12], Escritura [13],
Tiempo transfigurado [14], En otro meridiano [16],
Mi amor [17], Tal vez [18], El rezagado [20],
En el parque [22], Final de lluvia [23],
Los ausentes [24], El naufragio [27],
Papiro pronominal [28], Otra amapola [30],
Dos cuerpos [31], Lo nuestro [32],
El sol en todo [33], Los mirlos de Berlín [34],
El duende [36], Autorretrato dormido [38],
Mare nostrum [40], Sonido oscuro [41],
Visiones I [42], Jardín intacto [43],
Al aire náhuatl [44], Adiós al siglo xx [47],
Dibujo erótico del perro [48],
Canción oída a medianoche [49],
La estatua de Pessoa [50], El buey [52],
El canto del gallo [53], Práctica del mundo [54],
Ningún amor cabe en un cuerpo solamente [55],
Setiembre [56], Pueblo en el polvo [57],
Noche en la noche [58], Sílabas para un adiós [59],
Visiones II [60], Cuerpo lleno de barcos [61],
El tiempo ahora [62], Un rayo [63],
Nana para Emilio [64], Pájaros sin pájaros [65],
En el paraíso [66], Erótica antigua [67].

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas-Pequeña antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en septiembre de 2007.

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
13.000 ejemplares.
en Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem